

LA CARTA

Escribir una carta
parece muy sencillo,
muy sencillo parece
pero... ¡tengo seis hijos!
Seis hijos como soles,
¡mas todos tan chiquitos,
tan traviosos y alegres
fogosos e impulsivos!

Cuando ven que me siento
y que la pluma enristro,
corriendo vienen todos
y armando gran bullicio
uno me empuja el brazo,
otro grita "¡ Yo escribo !"
"—¿Quieres que ponga el nombre?"
"—¡ A ver, hacedme sitio!"
"¡ Quien me lleva la mano!"
vocifera el más chico.
"—¿Queréis estaros quietos?"—
impaciente les digo.
"¡No metas ese dedo
en el tintero, niño!"...
¡¡Ya se vertió el tintero!!...
—¿No lo estáis viendo?—grito.
¡ Sobre el blanco papel,
el Mar Negro!... Desisto.

.....

Escribir una carta
parece muy sencillo,
muy sencillo parece
pero... tengo seis hijos.

ELADIA MONTESINO

DIALOGO DE ACTUALIDAD

CHUCHITA SE CASA

DOÑA FLORA.—DON AGUSTÍN.

(En una capital de provincia)

FLORA.—Le esperaba a Ud. impaciente. Quería que fuera Ud. el primero en saber la noticia; para mí, tan sola, tan triste, desde la muerte de Paco. hoy es un día de encontradas emociones ¡Si mi pobre Paco viviera!. Con lo que quería a sus hijas... Quiero que Ud. su mejor amigo, comparta con nosotras estas emociones.

AGUSTIN.—Sabía ya la noticia, que Chuchita se casa, que Alberto San Martín ha estado a visitarla a Ud. hace tres horas para anunciarle que la próxima semana llegarán sus padres de Madrid para hacer la petición de mano. Cuando Ud. me ha telefoneado me disponía yo a venir. Enhorabuena, Flora, enhorabuena...

FLORA.—¿Pero cómo han podido enterarse tan pronto?

AGUSTIN.—Esto es un pueblo grande. Las noticias corren con la celeridad del rayo. Debe Ud. estar satisfechísima, Chuchita hace una boda estupenda; un muchacho excelente; brillante carrera, rico por su casa, de gran familia. No podía Ud. soñar nada mejor para su hija.

FLORA.—Es verdad. No me canso de dar gracias a Dios por este milagro: porque es un milagro, créame Ud., y un absurdo. Con Ud. puedo desahogarme. Ud. solterón empedernido, ha mirado a mis hijas con más afecto quizás que a sus sobrinas. No en balde Ud. y Paco se querían como hermanos. Ud. ha seguido paso a paso la formación espiritual de mis hijas, compartido las preocupaciones y mis inquietudes. Y cuántas veces hemos comentado la enorme diferencia entre Luisa y Chuchita. Sus preferencias, como la mía, como la de todos, han sido para Luisa.

AGUSTIN.—Un ángel, Luisa es un ángel.

FLORA.—Un ángel, sí señor. Ahí la tiene Ud. contentísima con la boda de su hermana. Alberto San Martín tiene su misma edad, treinta y dos años. La ha tratado lo suficiente para comprobar su superioridad sobre Chuchita, en todo y por todo. Aún físicamente. Luisa es una belleza dulce y serena, reflejo de la belleza de su alma. Luisa ha recibido y asimilado la mejor educación; es culta, refinada, de una sólida formación moral y religiosa, usted lo sabe... Y es

un ama de casa insuperable. Tiene, pues, todas las cualidades para hacer a un hombre dichoso: sería una perfecta casada... Sin embargo, no ha tenido suerte, dos pretendientes insignificantes, vulgares, que se sentían más atraídos que por ella, por la regular fortuna que le dejó su padre. En cambio Chuchita..

AGUSTIN.—Sé lo que va Ud. a decirme. Que no merece su suerte. Pero ya es hora de que no la califique Ud. duramente a lo Pío Baroja.

FLORA.—Las cosas claras. Deje Ud. que me desahogue. Ahora lo necesito más que nunca. Hija es una y otra: me subleva la injusticia del destino. ¡Los hombres! unos estúpidos la mayoría ¿Qué ha podido gustarle de Chuchita a ese príncipe azul por el que suspiraban todas las muchachas casaderas?. Chuchita es fea. Chuchita es casi analfabeta; no han valido con ella ni colegios, ni profesores. Tampoco he logrado prepararla para el hogar. Terca, rebelde, holgazana, sin más preocupación ni afición que el cine y los trapos. Mire Ud. donde llegará la inconsciencia de esta criatura, que ha estado a punto de dejar al novio varias veces porque decía que era muy viejo para ella. ¿Qué son diez años de diferencia? Ella veintidós, él treinta y dos: una unión normal. Me gusta—le decía a su hermana— porque se parece a Amadeo Nazari. ese artista de cine—pero no quiero casarme con un anciano— ¿Será estúpida?

AGUSTIN.—Vamos, Flora, modere sus duros epítetos. Acaso esa especie de desdén hacia el novio, ese «no darle importancia», ha sido inconscientemente el más seguro anzuelo para pescarlo. Mientras otras muchachas le perseguían, le abrumaban con el descaro que hoy se estila. Chuchita no le hacía el menor caso. Si no obró su talento, obró su instinto femenino.

FLORA.—No lo crea Ud., si por insensible, la creo incapaz de enamorarse Alberto ni de ningún otro hombre. Bromeaba y se reía de todos; éste ha sido su primer novio. Le ha dicho que sí para hacer rabiar a sus amigas. Y el páñfalo de Alberto coladito, loco de amor, y riéndole todas sus estupideces. Hace tiempo, cuando estaba en Madrid, dejó Chuchita empezada una carta para él, se la encontré en su cuarto, principiaba así: «ancianito mío», y ponía anciano con h. De letra no hablemos, escribe mejor nuestra cocinera. Se me casa esta hija mía que es una calamidad, y de la que no puede decirse siquiera que es una hermosa bestia, y se me quedará soltera probablemente la hija modelo. A ver, explíqueme Ud. esta anomalía.

AGUSTIN.—¿Explicar? ¿Pero cuándo pudo explicarse lógicamente el amor? Usted razona muy bien, Flora, pero el amor no sabe de razones, el amor como niño—usando de sus du-

ros calificativos - es muchas veces estúpido. Sin duda, Ud. tiene razón como madre al dolerse del injusto destino, pero al establecer diferencias entre las hermanas, peca Ud. de apasionada o se le escapan los atractivos de Chuchita. Yo, como hombre, aunque no sea hombre de estos tiempos, los percibo, los comprendo al ponerme a tono con la época. Chuchita que no es guapa, es una maravillosa escultura viviente. En toda ella hay una gracia picante y graciosa totalmente espontánea, que atrae más que la misma belleza. Note Ud. que esas caras bonitas, de óvalo perfecto, de facciones muy correctas no están de moda, no tienen éxito entre la juventud de ahora.

FLORA.—Vamos, me va Ud. a hacer creer que vale más que Luisa.

AGUSTIN.—No, amiga mía. Que su cara, su tipo esbelto y flexible, su silueta de cine, su «monería» atrae hoy más que la belleza dulce y serena de Luisa.

FLORA.—Porque el gusto de los hombres está pervertido. Es el triunfo de lo feo, de lo ordinario, de lo desquiciado ¡Qué músicas, qué bailes, qué trajes! ¡Qué descoco de las muchachas! ¡Qué posturas, qué modo de provocar a los hombres! ¡Y qué indecencia esas películas, con esos besos que se miden por metros!. Y pensar que una hija mía, no con malas artes, pero sí metida dentro del estilo de la época, a pesar mío, hace una gran boda, precisamente por ineducada, por rebelde... ¿Es que ya no cuentan para el hombre los valores espirituales?. Desengañese Ud., esto es el fin del mundo. Ya lo anunció el Apocalipsis.

AGUSTIN.—Desorbita Ud. las cosas, Flora.

FLORA.—Y Ud. se contagia de la época. Ud., ha dado a entender que Luisa está anticuada, rancia, que su belleza es una belleza anacrónica, de daguerrotipo...

AGUSTIN.—No, por Dios, no quise decir eso. Yo sigo sin explicarme su poca suerte en el amor. Es todavía joven, hoy la mujer es joven hasta los cuarenta, hasta los cincuenta años...

FLORA.—Ilusiones, mentiras, se engañan así mismas. Luisa no es una de esas estúpidas... No se pinta, no se tiñe sus canas prematuras.

AGUSTIN.—Pues hace mal. Ese aire de inhibición y de retiro, esos vestidos oscuros, de falda larga, ese rodearse de señoras viejas y raras, le perjudica tanto como su aire melancólico. A veces, he pensado si tendría vocación de monja.

FLORA.—¡Qué disparate!. Sencillamente que es una mujer de talento y de juicio y no una jamona loca como tantas otras.

AGUSTIN.—Pues en ese plan no se casará.

FLORA.—Ya lo dice ella. Y está muy contenta. ¡Para como están los hombres!.

AGUSTIN.—Pues no demuestra tal satisfacción. Ni Ud. tampoco. Alegría la de Chuchita... ¡Y si Ud. supiera como atrae al hombre la alegría de la mujer!...

FLORA.—No me hable Ud. de la alegría de las muchachas de ahora, por lo menos de las amigas de Chuchita. La otra tarde se reunieron aquí, yo escondida en ese cuarto escuchaba ¡Qué risotadas!... No hablaron más que tonterías, de trapos, de cine. ¡Y qué comentarios!. Esa Mary Casanueva a un artista de cine lo celebraba diciendo: «chicas, está para comérselo... ¡Qué musculatura!»—¡Qué desvergüenza!—digo yo.

AGUSTIN.—Como pudo decir su madre en su tiempo, sin escándalo, ¡Qué bigote!, de cualquier muchacho. Mire, Flora, yo creo que debe Ud. desechar tantos prejuicios, unos justificados, otros exagerados. No es esta la ocasión sino de alegrarnos de todo corazón por la suerte de Chuchita. Ya verá Ud. cómo el matrimonio la transforma; la chiquilla de hoy, alocada e inconsciente, será una esposa y madre modelo. He conocido muchos casos así. Alberto, hombre fuerte, dominador, inteligente y enamorado, renovará el mito de Pigmalión, animando con un alma superior a la frágil muñeca.

FLORA.—Dios le oiga. Y créame, a pesar de los pesares, estoy muy contenta... espere... llaman... es Chuchita.

(Entra radiante. Muy pintada y exageradamente vestida).

CHUCHITA.—¡Hola Agustín!... Buenas tardes, reverenda madre. Vengo loca... Me han parado más de veinte personas. Lo sabe ya todo el mundo que pedirán mi negra mano el domingo próximo. ¡Qué caras tienen mis amigas! Largas verdes. La única que se ha alegrado de verdad es Rosarito. Las demás unas pescadillas, se muerden la cola de rabia. ¿Sabéis lo que ha dicho Mary Casanueva? «Los hombres las prefieren bestias», y yo le he contestado: Pronto veremos a Mary andando a cuatro pies... Agustín, ¿qué te parece mi viejo? Guapo, encantador, monísimo... ¿Sabes qué estoy pensando?, ¿Qué edad tienes tú, célibe monstruoso?

AGUSTIN.—Cincuenta y cuatro años.

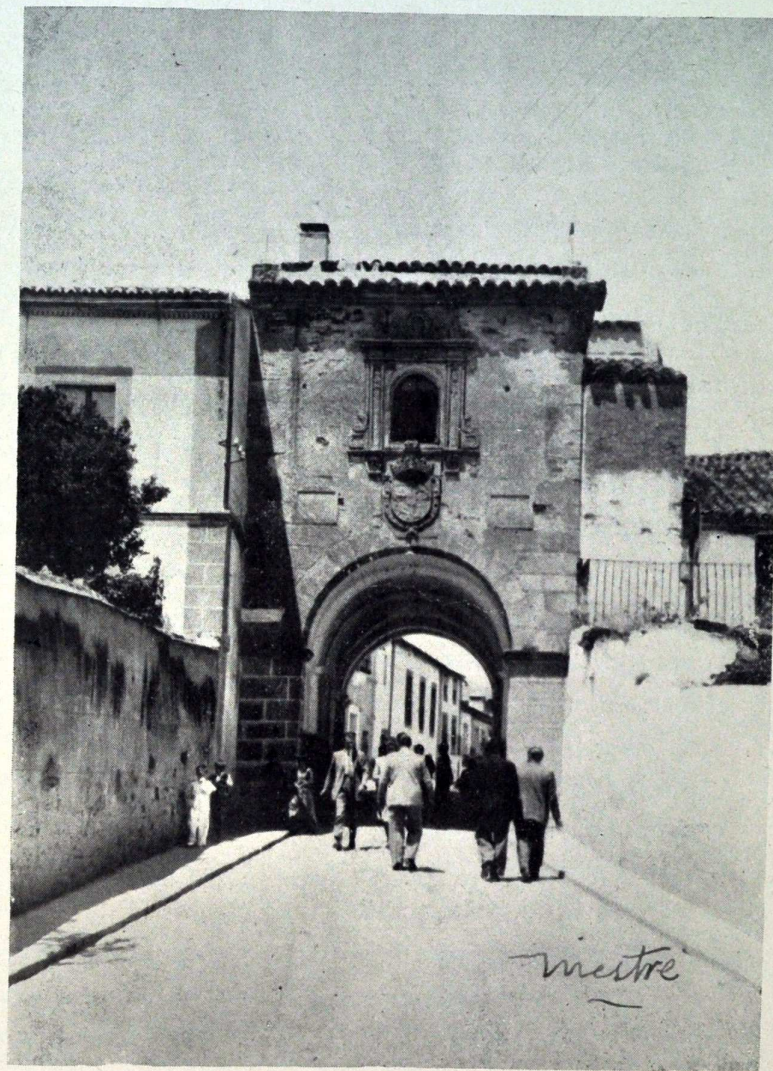
CHUCHITA.—Y mi hermana Luisa treinta y dos, que con diez que ella se agrega, son cuarenta y dos. Le llevas doce. ¿Por qué no te casas con ella?. Nos casaríamos en el mismo día, ¡sería divertidísimo!

FLORA.—Pero hija, qué bromas son esas. Repórtate.

AGUSTIN.—Déjela Ud. ... tiene gracia, muchísima gracia.

CHUCHITA.—¡Esta reverenda madre!. ¿Pero has visto qué gravedad, Agustín? Cuando yo me case esta casa va a parecer una funeraria.

ARTURO GAZUL



ALBUM EXTREMEÑO: Alcántara. Arco de la Concepción